

TERCERA JORNADA DE BIOÉTICA

## **Conferencia II**

Dra. Hna. Elena Lugo

Florencio Varela, 30/06/2001

## Personalismo prudente y espiritualidad

El personalismo prudente es una antropología filosófica, un marco filosófico que sirve de base a la ética. Pasemos ahora a tender un puente entre personalismo prudente y espiritualidad.

En nuestro contexto actual estamos enfocando la espiritualidad desde el punto de vista religioso. Se trata de una espiritualidad que se plantea los interrogantes sobre el origen y sentido de la vida; sobre por qué se ama o no se ama, por qué se sufre, por qué hay dolor, hacia dónde va el ser humano, cuál es la finalidad de la existencia y cuál el valor último de las cosas. He aquí pues los grandes temas de la espiritualidad.

## Matrimonio como forma de amistad

- *El amor de amistad*

El puente que tenderemos será la contemplación de la vida matrimonial como una forma de amistad.

Filósofos como Aristóteles y Santo Tomás de Aquino hablaron del amor de amistad.

Santo Tomás de Aquino dice que la amistad es el amor de benevolencia y beneficencia. Es querer el bien y hacer el bien. En el contexto del matrimonio, hablamos de un amor de benevolencia y beneficencia establecido sobre una comunicación que, más que intercambio de bienes (yo te regalo y tú me regalas), es una comunión (pasamos de "comunicación" a "comunión"). Se trata de una comunión plena de dos seres, en el plano espiritual y físico.

Ya nos estamos acercando a lo que el Padre Kenterich llama *Alianza de Amor*. Alianza de Amor es intercambio de bienes, de intereses y de corazones.

Volvamos a Santo Tomás. Benevolencia es desear el bien de la otra persona y esmerarse en lograr ese bien para ella. No se trata solamente de querer algo bueno, sino de quererlo para alguien en particular.

La unidad entre los amigos proviene de la actitud de desear y procurar el mismo nivel o tipo de bienes. Condición para una auténtica amistad es entonces saber qué es el bien que está en consonancia con la verdad de ser persona. Yo quiero a mi amigo en el marco de la verdad que corresponde a su ser persona, quiero su bien espiritual, su bien moral, su bien intelectual, su bien económico y su bien material.

La naturaleza del bien anima la conciencia bondadosa. Vale decir, la conciencia bondadosa depende del reconocimiento del auténtico bien. A su vez la naturaleza del bien y la conciencia bondadosa sustentada en ella determinan la calidad del amor.

Vale decir que mi amor estará determinado por los bienes o tipo de bien que quiero para la persona que quiero. El bien es el conjunto de valores que *perfeccionan y realizan* el proyecto de vida propio de cada persona en cuanto a su propio ser, su verdad personal y su existencia. Nada revela mejor el bien que se desea como las acciones que procuran lograr ese bien. Dicho en otros términos: *si quiero a alguien tengo que reflejarlo en mi acción.*

Así pues el amor matrimonial como amistad supone que, para alcanzar el bien que los une, ambos esposos actúen en consonancia con los valores. Deben hacerlo así en todos los niveles de expresión del amor, tanto en el plano sexual como espiritual, aún cuando el cónyuge deba renunciar a gustos individuales para servir al bien de la persona amada.

El matrimonio como amistad supone una gran madurez en el amor porque coloca el bien del otro por encima de cualquier visión individualista y parcial.

¿Cómo es la comunicación de la amistad en el matrimonio? Esta comunicación supone una interacción entre personas; una interacción regulada por las virtudes. Y en particular la virtud de la honestidad, que fomenta la confianza; la justicia, que reconoce la originalidad del otro; y sobre todo la verdad en la vivencia práctica del compromiso libremente contraído de hacerse uno, de convertirse en uno, de ser un bien, un don para el otro. En efecto, vivir de acuerdo a la verdad del matrimonio constituye la auténtica felicidad. La conciencia capta esa verdad mediante la razón. La voluntad se fortalece poniendo en práctica dicha verdad y, finalmente, el corazón se abre al bien del otro y la persona es así capaz de desprenderse de sí misma.

El matrimonio es la amistad en la cual la participación en el bien común es vínculo y a la vez comunicación entre los cónyuges. Tal comunicación y acción de compartir el bien entre los esposos animará, a su vez, la actividad sexual.

- *Filía, eros y ágape*

Los griegos designaban la amistad con el término *filía*, que concebían como un crecer juntos en el cultivo de las virtudes. Vale decir que la amistad y la benevolencia de corazón es una disposición a esforzarse, juntos, por alcanzar la excelencia del carácter, más allá de toda utilidad y de todo placer. Amistad es pues ayudarse mutuamente a cultivar las virtudes.

Culmen, cúspide de la amistad es lo que los griegos definieron como *ágape*, caridad. La clave es incorporar e integrar el amor sexual (*eros*) y el sentimiento

sensible (filía) a la forma del ágape. Esta es la cumbre del matrimonio, el ideal del matrimonio. La razón natural lo entiende, pero la cuestión es cómo lograrlo. Uno siente que en soledad no podrá alcanzarlo.

La caridad es voluntad incondicional de promover el bien del otro, no por sentimentalismo sino por verdadero amor al otro y hasta el grado máximo de sacrificio individual.

Un matrimonio pleno supone el cultivo integrado de cada modalidad del amor: el amor genital - sexual, el amor sentimental y el amor de caridad.

Existe un orden objetivo en el ser persona por el cual se pasa de lo sexual - genital hacia lo espiritual. El amor de filía o amistad (compañerismo) y el de ágape (entrega incondicional de sí) *asegura y ennoblece* el eros y contribuye a la felicidad de la persona.

¿Qué se promete en el matrimonio? ¿qué en el contrato matrimonial?, ¿qué en el sacramento del matrimonio?: ágape, caridad. ¿Por qué? Filía es amistad recíproca y puede ocurrir que en un momento de la vida matrimonial uno no sea tan amigo del otro. Eros es una pasión y, por lo tanto, puede escapar al pleno dominio de la voluntad. La pasión puede existir o bien no existir. De modo que cuando la amistad se empaña y la pasión se extingue, llega la hora de la caridad. Ahora bien, la palabra caridad tiene que cobrar un sentido positivo, despojándose de la connotación de simple conmiseración: “¡Ah! ¡Esto lo hago por caridad!”.

Esa promesa mutua representa la causa eficiente del sacramento. El fenómeno del amor integra el aspecto espontáneo de la afectividad y el aspecto activo de la voluntad de entrega. La caridad incorpora esa espontaneidad de la afectividad y esa voluntad de entrega, y genera comprensión, comunicación, ayuda, asistencia mutua, humildad, perdón, generosidad y promoción del otro cónyuge. Lo curioso es que la caridad es capaz, a su vez, de generar afecto e incluso pasión. Pasemos a explicarlo.

Casarse no es comprometerse a sentir sino a querer, y querer con la voluntad: ese es el compromiso. Y se manifiesta a través de actos de entrega que alimentan la afectividad. Todos los matrimonios saben que quizás él llega cansado y ella está igualmente cansada. Entonces se dan un beso y descansan en ese beso. Después, poco a poco, ya están más animados.

Ustedes me dirán: “*Hermana, ¿cómo sabe usted esas cosas? Porque usted es célibe*”. En este punto me limito a decirles lo siguiente: el amor que se cultiva en la vida virginal es un amor que se compromete a llegar a las fuentes espirituales a través de una determinada ascética. *Esas mismas fuentes espirituales animan a todos los demás amores*. La vida célibe es una vida celebrativa del amor porque se llega a la fuente fundamental de la espiritualidad del amor. Ahora bien, esa espiritualidad tiene que estar asimismo presente en el amor matrimonial.

Desde el punto de vista de esta concepción integral del amor, es evidente que no se concibe al matrimonio como un mero azar sino como proyecto cuya realización depende de los mismos cónyuges. El matrimonio es la forma auténtica y natural del amor, ya que es respuesta voluntaria y concreta a la tendencia afectiva de los enamorados a una unión efusiva, permanente y fecunda que se concreta en la dicha de la entrega total.

El ágape infunde plenitud al acto conyugal en su carácter de unidad sponsal y apertura a la vida nueva. A su vez la vida nueva de los hijos plantea exigencias a los esposos convertidos en padres, motivándolos a cultivar las virtudes más allá de lo que ellos se habrían exigido si no hubieran sido padres. Por ejemplo: paciencia y generosidad ante la pequeñez y la vulnerabilidad del hijo. Los esposos se quieren mucho, pero cuando nace el primer niño y este primer niño duerme todo el día y llora toda la noche ¿quién se levantará para atenderlo? Si se levanta el esposo, ojalá la esposa, además de dormir, diga: “*¡Qué bueno es mi esposo que atiende a este muchachito llorón!*” ¿No se hará así el esposo mucho más atractivo por ser un buen padre?

La ternura para con el bebé - vista como modalidad del amor conyugal - y el sinnúmero de sacrificios y desprendimientos que la presencia de niños en desarrollo exige de los adultos, es una fuente de cariño entre ellos. Vale decir que los niños no constituyen un obstáculo sino una oportunidad, una invitación para acercarse en un nivel de intimidad quizás más espiritual.

Cabe indicar que el amor de cada uno de los padres hacia el hijo revela la dimensión de buena voluntad para con el bien común de la familia total y hace a quien cuida más atractivo en su gestión amorosa. Las exigencias del amor paternal, respondidas con esfuerzo y generosidad, unen a los esposos en un vínculo de amor personal.

El verdadero amor entre hombre y mujer sirve y protege la vida; sabe conceder a cada vida individual aquel valor único que descansa en el hecho de que esa vida procede del amor y ha sido creada para el amor. Podríamos decir que este es el punto que nos señala la necesidad de una espiritualidad de trascendencia religiosa.

Hoy en día, al hablar de espiritualidad, se observa muchísimas variantes de lo que es esa espiritualidad. Entre otras, la puramente humanista de la Nueva Era o bien aquella otra a la que se alude cuando alguien dice que “*fulano de tal es muy espiritual porque estudia filosofía, es delicado en el trato, etc.*”, sin ser verdaderamente religioso. En efecto, el término espiritualidad puede designar muchísimas cosas, entre ellas, la música, el arte, etc.

## Consideraciones pastorales

Cuando se compara la procreación por vía técnica con la procreación por vía natural, suele sugerirse que *“se adopte un compromiso por razones pastorales”*. Esa observación parecería implicar a veces que lo pastoral supone una cierta permisibilidad: *“Si uno tiene una actitud pastoral, permitirá, dado el caso, una serie de cosas no aceptadas por la teología moral, vale decir, por la posición de la Iglesia Católica”*. Hay que entender bien que pastoral no significa permitir o procurar excepciones. Por ejemplo, no se trata de desmentir o atenuar en la praxis lo que se afirma en la teoría o en la doctrina moral de la ética cristiana. Más bien pastoral es otra cosa: es contemplar la realidad basándose en la doctrina moral y considerar las situaciones concretas como situaciones que se van aproximando al ideal. No se trata de que un teólogo estudie una situación matrimonial y diga: *“¡Hmmm! ¿Uso de contraceptivos? ¡gente condenable, al infierno con ellos!”* o bien: *“¿Vía natural? ¡gente buena, que vaya al cielo!”*.

Más bien hay que ayudar a la pareja para que vaya entendiendo las bondades de la vía natural, sin prisa pero sin pausa. Que crezca en una comprensión cabal de la sacramentalidad del amor conyugal y se acerquen así, paulatinamente, al ideal.

- *La ley de gradualidad*

En el área pastoral existe una ley de gradualidad. En efecto, la pastoral reconoce que el crecimiento espiritual es un crecimiento orgánico, alimentado por una convicción interna. No un crecimiento adventicio, que viene de afuera a modo de parches, sino que brota de la convicción interna. Aquí cabe hablar de la *conversión del corazón*. Cuando el corazón se convierte, la conciencia se hace bondadosa y recta.

El crecimiento espiritual admite grados, vale decir, hay facetas que crecen con mayor lentitud y otras con mayor celeridad. Así pues es posible que en un matrimonio ella reconozca las bondades de la planificación natural pero él le ponga freno. Entonces hay que tener en cuenta que la sexualidad masculina tiene modalidades específicas. Es necesario entonces el diálogo entre los cónyuges, la mutua comprensión.

La ley de gradualidad exige que uno se vaya acercando orgánicamente. Se trata de un proceso de maduración hasta lograr, con la gracia de Dios, el cumplimiento de lo que Él, en su justicia, nos indica como bueno.

- *Consenso*

Otro tema pastoral es el consenso. Hay una tendencia a pensar que las normas morales son *producto* de un acuerdo social; que constituyen una especie de pacto; que supuestamente el matrimonio dialoga y determina por voto propio si adoptará o no la planificación natural. Como si tales decisiones dependiesen de una especie de acuerdo entre ellos, por el cual se establece lo bueno o lo malo. Ello implica que la conciencia determinaría - mediante el diálogo entre los cónyuges - lo que es correcto o no en cuanto a planificación natural o bien contraceptiva.

Pero se está olvidando que hay un consenso previo. Mucho antes de que se haga ese pacto debe existir un consenso que es base permanente y sólida sobre la cual descansa el diálogo. Es ahí donde insisto en que el diálogo entre los esposos debe estar animado y sustentado en una cabal comprensión de lo que significa ser persona, relación interpersonal, ser sexuado y amor conyugal. Y para ello hay que comenzar desde la infancia, ya que luego, al casarse, es muy difícil adquirir esos elementos.

- *Cooperación formal y material*

Quiero hacer referencia a este tema porque en la práctica pastoral suele detectarse casos como el que expongo a continuación. Cargando un poco las tintas, pensemos en el siguiente caso: él es agresivo, hostil y exigente a la hora de las relaciones conyugales. Las pretende en cualquier momento, lugar y modo. E insiste en el contraceptivo, dando por supuesto que ella lo lleve. ¿Qué hará ella entonces? Si se resiste totalmente, él podría abandonarla y deshacer así el matrimonio. Si ella condesciende, no se sentirá feliz.

¿Qué hacer pues? Es una situación muy delicada. Se aconseja no ceder a lo que se llama cooperación formal: "*Si él es agresivo, yo seré agresiva; si él es exigente, yo también seré exigente; si él quiere el anticonceptivo, pues yo también quiero el anticonceptivo*". Eso sería colaborar con lo problemático y lo malo del contraceptivo.

¿Qué puede hacer entonces la esposa? Una sugerencia pastoral es aceptar al marido cuando se acerca; prepararse con todas las fuerzas espirituales para aceptarlo sin comprometerse ella misma con el contraceptivo. Es extremadamente difícil porque si ella acepta el contraceptivo, realizará entonces una cooperación formal. Tiene que buscar la manera de no aceptar el contraceptivo, dejando que él, si insiste en el contraceptivo, lo use. Esta mujer se santifica tratando de ser cariñosa, dialogante y comprensiva; de espiritualizar la relación reconquistando al marido para que suavice su estilo agresivo; de rezar por él. Ustedes advierten que nos estamos moviendo en el plano de la vida espiritual, porque de lo contrario estas cosas no tendrían sentido.

En este plano espiritual, la esposa coopera materialmente porque recibe al esposo, pero no coopera formalmente porque no quiere esa conducta, no acepta el contraceptivo. Es una situación difícil pero adviértase que busca un punto medio entre los extremos de aceptar el contraceptivo o bien abandonar al marido.

Cuando un acto es bueno, la cooperación es legítima. Pero cuando el acto es moralmente malo es preciso procurar que la cooperación no sea directa. Ella no usará el contraceptivo, vale decir, distinguirá los grados de cooperación; ella no quiere cooperar con esa conducta pero la padece.

El tema es un poco más complejo, pero es escaso el tiempo de que disponemos en esta oportunidad para seguir ahondando en él. Al menos siembro una inquietud para seguir estudiando esta materia.

## Visión orgánica de la paternidad y maternidad

En una perspectiva teológica, el matrimonio representa una intención original de la creación. Vale decir, está en el plan divino. Si bien nuestros primeros padres cayeron en el pecado original, hemos sido redimidos por Jesucristo. Y Jesucristo elevó el matrimonio al nivel de sacramento. Un sacramento que no siempre ha sido valorado como una imagen para expresar nada menos que el amor existente en la vida intratrinitaria.

El ser humano es imagen y semejanza de Dios. Pero no sólo en cuanto persona individual sino también en cuanto a comunión interpersonal. El Espíritu Santo expresa el amor del Padre y del Hijo. En el matrimonio, el amor de los cónyuges quedará expresado en el hijo. Podríamos establecer así una relación entre el hijo como expresión de amor y el Espíritu Santo.

Ciertamente en la Trinidad el amor es espiritual. Existe un intercambio, un dinamismo, pero se trata de un amor espiritual porque estamos hablando de seres divinos. En el matrimonio, la familia, se incorpora la corporeidad sexuada. Por eso el cuerpo realmente tiene que ser receptáculo del espíritu. El cuerpo no está para ser ignorado, reprimido y marginado, sino para ser integrado y elevado. De modo que el cuerpo no necesariamente abandona sus impulsos y deseos. Pero es capaz de renunciar a dejarse llevar sólo y exclusivamente por impulsos y deseos, y de proyectar a un nivel superior tales impulsos y deseos.

Los cónyuges advierten que la plenitud de sus deseos y sentimientos se logra cuando estos se integran al amor de amistad, un amor en el cual lo espiritual impregna todo lo que se hace.

La *communio personarum* entre los esposos realiza la *imago dei* del Dios que es Trinidad: la comunión de los esposos, ese intercambio y transparencia entre ellos;

ese tú y yo - yo y tú; y ese ser que no es ni yo ni tú, sino un "nosotros": todo ello es reflejo de la vida intratrinitaria.

Recuerdo a mis propios padres, la armonía constante que reinaba entre ellos. Aún cuando hubiera diferencias, estas eran vistas como complementos. Llegó un momento en el cual las supuestas fallas y faltas de uno eran divertidas para el otro. Cumplieron 50 años de casados y ahora están en eterno matrimonio en el cielo. Son cosas que uno va aprendiendo... por eso el matrimonio, la familia, es escuela de amor.

En virtud de esa vinculación con la Trinidad, el matrimonio puede considerarse como una causa segunda. La causa primera es Dios: Dios es origen y fin; Dios es quien sostiene toda la creación. Pero Dios trasmite a sus criaturas, a usted y a mí, sus capacidades, sus dones. Entonces si Dios es amor y Dios es vida, Él trasmite concretamente al matrimonio la capacidad de expresar amor y la capacidad de generar vida. Pero no se trata de generar vida a pesar del amor o al margen del amor, sino en, para y por el amor.

Por eso la forma más apropiada para generar vida nueva es engendrarla como resultado directo del amor conyugal en su plenitud física y espiritual. Es así que los recursos tecnológicos o artificiales (fecundación in vitro etc.) alejan de esa posibilidad y el niño pasa a ser resultado de una intervención técnica, muy bien manipulada, de un control de calidad, de la productividad...

La ciencia es importante para reconocer los procesos biológicos, la riqueza de la fisiología de la mujer, etc. Pero no puede adueñarse de ese conocimiento. Tiene que hacerle lugar a la filosofía que interpretará, por ejemplo, qué significa esa fisiología, esa anatomía femenina o masculina. Pues bien, hoy por la mañana se expuso una interpretación de la configuración fisiológico - anatómica del hombre y de la mujer. En este sentido se nos decía que el cuerpo es un don; un regalo que se brinda y un regalo que se recibe. Lo curioso es que quien dice recibir está dando; y el que recibe, da a otro la oportunidad de hacer un don.

El hecho de regalar puede producirse de dos modos. Uno de ellos es regalar algo diciendo: "*Mira, te regalo esto*". Y recibir como respuesta de parte del otro: "*¿Y esto qué es? ¿para qué es? No me regales nada porque me pones en el compromiso de regalarte algo a ti*". En este caso, regalar resulta algo enfadoso. Pero existe una segunda modalidad, cuando el otro dice: "*¡Qué bien! Me haces feliz porque me das la oportunidad de que yo también haga un regalo; me das la oportunidad de entregar algo...*"

Hay que reconocer que en este mundo, en esta vida, desde el punto de vista natural usted puede hacer un regalo y sufrir ingratitud; ser fiel y no ser objeto de fidelidad; ver que al regalo que uno hace se le da otro uso que el que esperábamos; experimentar que uno se entrega incondicionalmente y el otro le pone condiciones; que uno se brinda y el otro tiene reservas.

## Ahondar en la dimensión teológica

Para enfrentarse a esta realidad, reparemos en la dimensión teológica. Ella eleva las realidades humanas. Hemos hablado de la dignidad, integridad e individualidad de la persona. Pero ahora la teología nos introduce en una nueva faceta de la persona humana: su *trascendencia*.

La plenitud de mi ser se logra cuando me entrego al tú, cuando me encuentro con el tú, pero en la medida en que *ambos* estemos orientados hacia lo alto. Es ahí donde se alcanza la plenitud del matrimonio. En efecto, el matrimonio queda confirmado y elevado cuando se proyecta al plano sobrenatural.

Desde el punto de vista teológico, la corporeidad sexuada es camino y expresión del amor personalizado. El egoísmo hedonista se supera mediante el cultivo del respeto hacia el orden objetivo de la sexualidad, hacia el orden de la naturaleza,. Lo espiritual es vía de ascenso y asegura el orden natural del amor abierto a la vida. A su vez la enseñanza sobre la vía natural de la fertilidad protege la sexualidad personalizada como un don de sí recíproco.

De este modo el matrimonio puede contemplarse entonces como una escuela de amor.

- *Castidad matrimonial*

En el matrimonio así entendido se promueve lo que se llama la castidad matrimonial. Esta no es una mera medida preventiva. La palabra castidad suena a prohibición y barrera. Sin embargo la castidad matrimonial es más bien una vía eficaz para disponer de las fuerzas físicas y psíquicas, y prepararlas para la donación. Si uno se deja llevar por el impulso físico, la ansiedad y el sentimentalismo, acabará centrándose en sí mismo y viendo al otro sólo como un bien para sí mismo: el otro me encanta, me fascina, es útil porque me da placer, me complace, me afirma, me complementa (*"el otro es para mí"*). Pero el verdadero amor no es buscar *que el otro sea para mí* sino *que yo esté para el otro*.

Los enamorados dicen *"extasiarse"* contemplando al otro. Ahora bien, éxtasis significa en griego justamente *"salir de sí mismo"* para colocarse en el otro y encontrarse en el otro. Pero encontrarse en el otro no de una forma egocéntrica, sino abierto a una trascendencia, a un más allá.

Cuando se ama, además de querer agradar al amado con el cuidado de la propia apariencia física, uno se siente motivado por el amado a superar los propios defectos, a cultivar las virtudes y la dignidad personal. En este sentido la abstinencia no es sólo renuncia al acto conyugal, sino invitación a la ternura; facilita la integración de las capacidades y virtudes de la persona para ponerlas al servicio del amor.

Dios nos convoca a una conciencia bondadosa y recta. Para alcanzar esa conciencia no basta con la formación intelectual sino que es necesaria la *conversión de vida*; no basta con leer la ley natural inscrita en el ser persona como ser encarnado y sexuado, sino que es necesario auscultar cuál es la acética secular, cuál la espiritualidad matrimonial que motiva y anima a vivir la unidad del amor en apertura a la vida.

## Ascética matrimonial

Arribamos así al tema de la ascética propia y específica del amor conyugal. No se trata aquí de recurrir a las ascéticas de San Ignacio de Loyola, San Gregorio, Santo Domingo, etc., y aplicar a la vida matrimonial una ascética de convento o monasterio. Eso entristece; no resulta.

En cambio el P. Kantenich nos propone lo siguiente: abordar la vida matrimonial tal como ella es: con sus placeres en todos los niveles y con sus tensiones. Y buscar allí mismo el camino de la santidad en la vida diaria, fomentando el amor y cumpliendo fielmente los deberes diarios de la vida matrimonial. Un camino de santidad que ambos deben recorrer caminando uno junto al otro.

Paso a dar algunas recomendaciones pastorales fundadas en la espiritualidad trinitaria y mariana del P. Kantenich.

En una serie de pláticas que diera en Milwaukee y que han sido compiladas en volúmenes titulados "*Los lunes por la tarde*", el P. Kantenich reconoce la tensión existente entre dos aspectos del matrimonio: el sentido (unidad en el amor) y la finalidad (procreación) de la vida conyugal.

El P. Kantenich es realista; reconoce la existencia de esa tensión entre cultivo del amor y apertura a la procreación. Son dos aspectos del matrimonio difíciles de equilibrar. Ahora bien, el P. Kantenich considera que los siguientes puntos pueden ser de ayuda:

- *Integrar más y más ambas modalidades del amor: la física y la espiritual.* Por ejemplo, en la actividad sexual no se ha de descartar el placer físico, pero no se lo ha de acentuar ni se ha de limitar a ello, porque entonces el amor no se abrirá a algo mayor que el mero placer. Por eso en la actividad sexual, en la cual naturalmente tiene su lugar el placer físico, hay que concentrarse más y más en la persona sexuada. Porque concentrarse en lo puramente genital y biológico es deslizarse a la esfera de lo meramente animal. Que ese placer esté vinculado a la persona que me brinda el placer, a la persona a quien yo soy causa de placer, y que así, poco a poco,

vaya creciendo el amor de benevolencia, de amistad, el amor desinteresado hacia la otra persona, y lo sexual no esté tanto el centro de la escena.

- *Recordar que el amor es una fuerza unitiva y asemejadora.* La observación práctica revela que cuando un matrimonio lleva muchos años de casado, los cónyuges comienzan a parecerse el uno al otro. Yo misma pude experimentar ese crecimiento en mis propios padres. Por ejemplo, luego de fallecer mi madre, mi padre, al aconsejarme cómo hacer una determinada labor en la cocina, me daba instrucciones que eran precisamente las que mi madre solía hacer. O bien yo observaba, cuando ambos vivían, que mi padre respondía como lo hacía mi madre, y ella, como lo hacía mi padre.
- *El amor matrimonial es un amor espiritual simbolizado en el cuerpo.* El amor debe madurar, debe pasar del "yo quiero ser feliz" al "yo quiero hacerte feliz". Por eso a lo largo del día hay que cultivar el amor de ternura y respeto reverencial; ayudarse mutuamente en el camino de la perfección natural y de la santificación sobrenatural; dialogar: "Mira, hoy perdiste la paciencia conmigo, ¿qué ha sucedido?"... "Así que la próxima vez te diré algo". Recuerdo que una vez mi padre estaba tratando de colocar una bombilla subido a una escalera. Mi madre le sostenía la escalera. Papá se demoraba en su labor; mamá se puso nerviosa y le dijo: "Termina de una vez, que me pones nerviosa"; mi padre le respondió: "Si sigues moviendo la escalera me voy a caer, y si sigues hablando no voy a cambiar la bombilla". Ella no le hizo caso; mi padre se bajó entonces sin decir ninguna palabra. Mamá se quedó sin la bombilla cambiada y se puso a llorar (¡imagínense: llevaban como cuarenta años de casados!) "porque se me fue sin decirme ninguna palabra". Se va entonces al patio con cara triste. No pasaron diez minutos cuando regresó papá diciéndole: "¿Y por qué no te fuiste conmigo?" y no sé que otras cosas se dijeron y volvieron a la labor comenzada. ¿Quién se subió entonces a la escalera? ¡mi madre! Los dos están ahora en el cielo.
- *Anhelar y esmerarse por la fidelidad entendida como afirmación y perpetuación victoriosa del primer amor.* Fidelidad es mantener la lozanía del primer amor. Por eso los cónyuges deben recordar cuándo se vieron, quien encantó primero a quién; recordar todo, renovarlo.

## El aporte de la espiritualidad de Schoenstatt

A continuación, y como una especie de aporte a esa ascética matrimonial, expondremos los componentes principales de la espiritualidad del P. Kentenich: Alianza de Amor; fe práctica en la Divina Providencia y filialidad divina. En cuanto al tema del hombre nuevo en la comunidad nueva, pueden estudiarlo por su cuenta en el material que les entregué.

- *Alianza de Amor*

En la Alianza de Amor se produce un intercambio de corazones entre las personas. El corazón es visto en este punto como símbolo del núcleo de la personalidad. Es por lo tanto un intercambio de intereses y bienes que tienen su sede en tales corazones. De modo que primero va el corazón y, junto con él, los bienes e intereses, y no al revés.

La noción misma de alianza responde a un anhelo y capacidad propios de la condición humana. Necesitamos saber, necesitamos sentirnos complementados por otra persona que respete mi carácter único y a quien yo respete en su identidad y dignidad. Es importante que mi amor a esa persona y el amor que ella me brinde estén fundados en la fuente inagotable del amor: Dios.

Hoy, en cambio, hay modelos nuevos de conducta, tales como: *“Estaré contigo mientras dure el amor”*. Se reconoce que Dios es el amor y Dios dura siempre, pero no es eso lo que se vuelca a la práctica.

En la Alianza de Amor cada persona pone de manifiesto la fuerza fundamental de su espíritu y evita la pérdida de la propia personalidad. De modo que en la entrega de amor uno no se *“pierde”* sino, al contrario, gana. Si bien uno dice líricamente que *“se pierde”*, desde el punto de vista moral se gana, se recibe.

Dice el P. Kentenich: *“Estamos dispuestos a entregar nuestra vida en las manos de Dios porque estamos convencidos de que Él nos ama más de lo que nosotros mismos podemos amar. Dios está interesado en nuestro bienestar más de lo que lo estamos nosotros mismos”*.

Ya San Agustín había dicho que Dios está interesado en nuestro bienestar más de lo que lo estamos nosotros mismos, y que los santos se hacen santos en el momento en que aman. Esto concuerda con aquella otra verdad de que los santos empiezan amar en el momento en que creen, sienten y saben que son amados.

Además de fomentar la experiencia de un Dios que es persona y que se vincula personalmente, la Alianza de Amor facilita también la formación de una comunidad en, por y para el amor. Una comunidad en la cual se respeta las normas de la justicia pero, a la vez, se supera la actitud de conformarse con el mero cumplimiento de tales normas.

La Alianza de Amor va más allá de la justicia, pero recordemos que el amor no excluye o no sustituye la justicia. La justicia es la base. El amor contribuye a que en la vinculación interpersonal el otro no se convierta en un número, en un objeto funcional o sustituible. El foco central de la comunidad nueva es la alianza común con Dios, quien eleva, complementa, garantiza la dignidad y el ideal personal de cada individuo en su singularidad.

En virtud de esta vinculación a Dios, el matrimonio y la familia reconocen el valor de la abnegación o la renuncia que entraña, por ejemplo, la continencia, la abstinencia. Por el bien común del matrimonio o en beneficio real de la persona amada, se renuncia a un aspecto de la vida conyugal. Ello aumenta la autorrealización y el dominio de lo que pueda ser primitivo, instintivo o impulsivo en mi persona.

A través de la Alianza de Amor supero el individualismo, el egoísmo y el egocentrismo. El egocentrismo asfixia, genera ansiedad.

La Alianza de Amor aumenta la autonomía responsable ante la verdad y el bien del ser persona. Y ello tanto en relación con mi propia persona como con la del otro, a quien estoy unido por una relación vinculante. Nos conduce a ser personas unidas y abiertas a la vida para conformar una trinidad. El matrimonio es una trinidad en potencia porque hay apertura hacia una tercera vida. Nace la criatura; se le mira la nariz ("*tiene tu nariz*"), se le mira las orejas ("*son las tuyas*"), etc. Si bien posee las orejas de uno y la nariz de otro, es un ser original, lo cual amplía el yo de ella y el yo de él.

- *Fe práctica en la Divina Providencia*

Decimos pues que el matrimonio es una alianza de amor de uno con el otro, pero sustentada en una alianza con Dios. Dios es fundamento, sustento y finalidad de todo ese amor conyugal.

¿Por qué pasamos ahora a hablar de la fe práctica en la Divina Providencia? Porque hay que tener mucha fe en la Divina Providencia para darle la bienvenida a los niños cuando vienen de forma inesperada.

El P. Kentenich fue psicólogo, filósofo, teólogo, director espiritual, pastor y, para algunas personas, como un padre. El P. Kentenich define la fe práctica en la Divina Providencia con términos muy cálidos y vitales: *La fe sencilla en la Divina Providencia es filialidad en su más alto grado*. No se trata de caer en la puerilidad o en el infantilismo. Más allá de las canas que peinemos, se trata más bien de un anhelo - muy profundo en nosotros - de ser inocentes, sencillos, nobles, confiados, dóciles y reverentes ante algo o alguien.

Si soy un niño sencillo entonces creo que Dios me ama tiernamente y gobierna mi vida según su providencia especial. ¿Cuántos de nosotros se atreven a

decir que son objeto de la predilección de Dios? Dios ha trazado el plan de mi vida desde toda la eternidad y ha provisto para ello. En la medida en que amemos a Dios con un corazón filial, nos disponemos gozosamente a cumplir los deseos del Padre.

Desde la perspectiva divina, la relación providencial implica dos actos. En primer lugar, un acto de la mente: Dios diseña un plan e incluye en él todos los sucesos del día. En segundo lugar, un acto de la voluntad: Dios desea cada suceso en cuanto realización de un plan original. Desde la perspectiva humana, dicha relación supone asimismo un acto de la mente para reconocer lo que Dios señala, y un acto de la voluntad para aceptar que detrás de cada suceso se revela la voluntad paternal de Dios.

Ahora bien, ese Dios no es un mero dios juez, sino un Dios amor. Vale decir que también es necesario un acto del corazón para confirmar que el Dios providente es un Padre amoroso que gratuitamente - y a causa de mi debilidad humana - me hace objeto de su amor.

Sí; Dios es justo pero también misericordioso. Por eso en la fe práctica en la Divina Providencia la vida personal no puede constituir una serie de sucesos inconexos y sin rumbo, un acontecer absurdo al estilo de las novelas del escritor existencialista Albert Camus ("*El extranjero*", "*La peste*", etc.) o del mito de Sísifo. Este último subía eternamente una piedra a la cumbre de un cerro para que volviera a rodar después cuesta abajo; luego tornaba a subirla para que rodase de nuevo, en un ciclo sin fin.

La Divina Providencia de un Dios Padre asegura precisamente lo contrario: la dirección y desarrollo originales de la personalidad de cada ser humano. Invita asimismo a una participación consciente y libre en la afirmación del plan divino como plan verdadero, bueno, bello y amoroso y, por ello, digno de ser objeto de mi entrega y colaboración en mi condición de causa segunda. Pues bien, aquí estamos ya en el orden de la fe.

La fe es un don pero también una tarea. La fe no es simplemente algo en lo que crees sino algo que modela toda la existencia. Arribamos así al tema de nuestra condición de hijos de Dios, vinculado a la fe práctica en la Divina Providencia.

- *Filialidad*

En nosotros se suscita asombro y reverencia ante la realidad de ser hijos de Dios y la capacidad humana de percibir y reflexionar sobre ese hecho. Esto constituye un antídoto contra el escepticismo. Al meditar sobre la realidad de ser hijos de Dios, uno contempla con asombro y reverencia su propia encarnación masculina o femenina, su interacción y su anhelo de complementarse. Asimismo se ve a la naturaleza con admiración y reverencia porque está vinculada a un plan

divino. De lo contrario la naturaleza será considerada como algo neutro que se puede manipular o controlar; o algo que es sólo campo de la ciencia y nada más. Si dejamos que la ciencia sea la única intérprete válida de la naturaleza y la técnica la única manera de abordar esa naturaleza, eso quiere decir que nuestra visión de la naturaleza es muy pobre. Ante una naturaleza así concebida difícilmente tengamos una actitud de asombro o reverencia.

El P. Kentenich dice que el primer acto del niño es admirar. Y admirar es abrirse, es ser receptivo. También lo puede hacer el adulto: admirar a su esposa, recibir a su esposa. Tal actitud supone afirmar, aceptar, alegrarse de la existencia del otro, no porque le dé placer ni le resulte útil; no porque le planche la camisa o conduzca el auto; no porque pague las cuentas. No por eso, sino por el simple hecho de que *existe*. La esposa quizás se tiña el cabello de otros colores... eso es secundario. El cónyuge filial recibe con asombro y reverencia al otro, lo reafirma y evalúa vinculando siempre lo natural con lo sobrenatural.

- *Humildad*

Un punto concomitante de la filialidad divina es la humildad. La humildad es una humilde virtud porque no solemos apreciarla. La humildad se sustenta en ese asombro y reverencia del cual hablamos. La humildad ayuda a revelar muchas cosas.

San Bernardo dice: *“La humildad nos conduce a descubrir tres grandes verdades fundamentales: La verdad sobre sí mismo, lo que es equivalente a humildad en el sentido estricto de la palabra; la verdad sobre el prójimo, lo cual supone caridad; y finalmente la verdad sobre Dios, lo cual es sabiduría contemplativa.”*

La humildad integra genuinamente a la persona a su contexto social, a su relación con la naturaleza y a su vinculación con el Creador providente.

## **El modelo de María Santísima**

- *Anunciación*

El modelo eminente más sencillo de imitar, por ser totalmente humano, es el de la Virgen María en la hora de la Anunciación. Allí ella dice: *“Hágase en mí según tu palabra”*, vale decir, se pone de manifiesto una actitud de apertura a la Palabra, de disposición a que esa Palabra creadora y efectiva la transfigure al punto de asumir el modo de ser que corresponda al plan divino.

Eso naturalmente presupone que la Virgen María tuvo en aquel momento una imagen muy clara de Dios. Un Dios amoroso y misericordioso con cuya voluntad ella debía colaborar, dejando de lado proyectos propios como, quizás, el

de mantenerse célibe, virgen (“yo no conozco varón”). Como dice el Santo Padre, la Sma. Virgen tenía una conciencia de bondad, un corazón limpio, y quería llevar a cabo una acción recta, con manos limpias. Un corazón puro y manos limpias. Eso es conciencia de bondad.

La Sma. Virgen se planteó cuál era el bien que Dios quería para ella y cuál la acción que correspondería a ese bien. Y entonces respondió sí a Dios, aún cuando debiera renunciar al proyecto de vida diseñado por ella misma. La Virgen es muy sabia. Su imagen de Dios era la de un Padre misericordioso; un Dios que afirma la originalidad personal con la cual Él creó a las personas. Si Él nos creó, conoce entonces mejor que nadie cuál es la verdad y el bien para nosotros.

La Sma. Virgen aceptó así la invitación de ser causa segunda en la obra maravillosa de la Encarnación. Por eso en la Virgen María encontramos modelado todo lo que significa ser persona:

*Identidad:* María sabe quién es: la Madre de Dios;

*dignidad:* ella descubre que la dignidad consiste en hacerse instrumento eficaz en las manos de Dios;

*integridad:* María dejó en claro que como persona debía colaborar con el plan divino con su cuerpo y alma.

- *Inmaculada*

Ella es la Virgen prudente, la Inmaculada atenta para descubrir cómo quiere Dios que su conciencia se oriente hacia el bien y piense, juzgue y decida actos rectos. Por eso la Sma. Virgen es también modelo de cómo pensar, decidir y amar orgánicamente.

La Inmaculada representa el ideal de persona al cual *todos* estamos convocados, siempre y cuando dejemos que Dios obre su milagro en nosotros.

La Sma. Virgen fue depositaria de una gracia extraordinaria sin dejar de ser una persona inserta en la historia de su pueblo. Cada uno de los aquí presentes podemos imitarla en nuestra condición de personas encarnadas y sexuadas, independientemente de si se elige el camino del amor virginal o del amor matrimonial. Más que elegir, se nos llama a un estado de vida.

## Preguntas de los oyentes:

- *¿En caso de que la mujer tome píldoras, use Diu o algún anticonceptivo técnico - como usted los llama - ¿qué debe hacer el esposo que no acepta tal anticoncepción? ¿rechazar a su esposa?*

Creo que aquí se aplica el mismo principio de colaboración formal y material, sólo que enfocando ahora al esposo. Vale decir, el tendría que hacer lo mismo que se dijo más arriba en referencia a la esposa. No la puede rechazar, no la puede abandonar porque ya hay un vínculo matrimonial por el cual se comprometen a santificarse mutuamente. Pero debe procurar dos cosas: en primer lugar, buscar la manera de no colaborar él directamente con el contraceptivo y, en segundo lugar, procurar, con actitud de comprensión y ternura, llevar gradualmente a su esposa hacia una aceptación del ideal del matrimonio.

- *Si desde el punto de vista de la teología decimos y afirmamos que Dios infunde el alma cuando se unen el óvulo y el espermatozoide ¿qué pasa en la inseminación artificial, en la fecundación in vitro?*

Desde el punto de vista filosófico la fecundación en sí es la unión de óvulo y espermatozoide. Ahora bien, se puede recurrir a diferentes tecnologías para lograr esa unión. La unión es algo natural, lo que puede ser no natural es la forma en que el espermatozoide llegue al óvulo. Pero al haber fecundación real, el nuevo ser recibe su alma.

Un punto interesante es ver cómo Dios colabora con el ser humano, lo respalda en su libertad, aún cuando este utilice mal su libertad. En otras palabras, a veces el ser humano usa la libertad para contradecir la naturaleza, y Dios es tan misericordioso que, a pesar de todo, permite que se genere vida. En ese sentido es como si fuese una colaboración material de parte de Dios, pero no formal.

- *Cuando usted habla de que la persona que quiere santificar al marido no tiene que ser cómplice, ¿cómo se ejercita eso en la práctica? ¿haciéndole ver al marido que no se siente bien, que no siente placer, que le desagrada ese acto matrimonial? ¿o tiene que hacerle sentir igual que todo está bien?*

La manera como esa señora comunique el mensaje dependerá de muchos factores que resulta difícil anticipar. Pero puedo darle unas directrices a modo de aclaración.

La comunicación tiene una doble vía: por un lado tiene que transmitirle que el modo de realizar el acto sexual que incluye el anticonceptivo está fragmentando mecánicamente la actividad sexual y que esa realidad no es de su agrado; por otro lado, tiene que aceptar la persona de su marido.

Puede no estar de acuerdo con esa modalidad, con la fragmentación, pero tiene que aceptar a su marido. Es importante recordar que en un matrimonio auténtico, pleno y maduro, el placer puramente sexual no es el punto clave sino que lo importante es más bien la donación recíproca. En otras palabras, apuntar a

que, a la hora del placer, predomine el placer espiritual de entregarse como don al otro, de recibirlo con alegría, pero dándole a entender también que hay una pena. Es como quien dice: *“Mira yo te amo, te acepto, quiero estar contigo, quiero tener contacto contigo, pero existe este factor que me impide una plena aceptación o una alegría permanente o una entrega incondicional”*. Esto es parte de lo que se llama educación mutua.

Al hablar de *“santificar”* a la otra persona, no me refiero a *“mortificarla”*, en el sentido, por ejemplo, de cuando se dice: *“Fulano de tal me santifica”*. No es ese el acento que ponemos aquí. Santificar es educar, facilitar el camino para encontrarse con ese Dios amoroso del que hablamos. Por eso uno entrega el corazón al cónyuge pero también le dice (por ejemplo): *“Mira te entrego mi corazón, pero yo estoy amando al verdadero tú. Yo estoy amando a la persona en que tú te puedes convertir. Pero por ahora mi querido esposo no es plenamente esa persona mientras insista en ese anticonceptivo”*.